

AGAPEÍSMO Y EROS PEDAGÓGICO EN EL SISTEMA PREVENTIVO DE DON BOSCO

ANICETO ORGAZ RODILLA
Doctor en Filosofía y CC. de la Educación

«Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama» (Don Bosco)

Un nuevo concepto educativo

EL inmenso ámbito cultural desarrollado por el mundo helenístico-romano, al no ofrecer un centro firme de valores morales, había generado en el hombre de aquel tiempo un sentimiento de soledad ante su destino individual. Ello propició una rápida expansión de la *buena nueva* cristiana.

La fuerza esencial de esa doctrina radicaba en que, al anhelo humano de trascendencia, respondía invitando a compartir sentimientos supraindividuales —fraternidad, caridad, amor ilimitado por el prójimo—, con la esperanza de ganar, tras la vida terrena, la salvación del alma en una vida más plena y eterna.

El hombre real se convertía en ciudadano de una ciudad ideal: *la ciudad de Dios* concebida por Agustín de Hipona. Ciudad por la que se había de estar dispuesto a actuar, combatir y padecer como por la patria más auténtica y verdadera.¹

El hombre nuevo nacía gracias a su participación en el denominado «cuerpo de Cristo», del que los cristianos son miembros, vinculados por el amor y la caridad. Esta concepción agapeística atravesará toda la cultura occidental hasta hacerlos inseparables, pese a los intentos de la civilización moderna por ignorar todo lo relacionado con los aspectos religiosos, no sólo cristianos, sino también por lo que respecta a judaicos e islámicos.

Las correspondientes a LEMOYNE, J.B.; AMADEI, A.; CERIA, E.: *Memorie Biografiche de San Giovanni Bosco*, traducción al castellano de B. Bustillo, llevan una doble consignación de páginas. La primera corresponde al original italiano y la segunda, a la traducción española.

¹ ABBAGNANO, N.: *Historia de la Pedagogía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 133.

El celo mostrado por las cartas sacerdotales, llevadas de su mentalidad pastoral, fue el motor que dinamizó la formidable expansión de este ideal educativo: la vida como amar y ser amado.

La felicidad ampliaba su significación: renuncia de sí, entrega a los demás; lo opuesto sería egoísmo y pecado contra el espíritu. De este modo se establecían unas nuevas bases en las relaciones educando-educador: el amor y la consideración de la infancia como objeto de un cuidado religioso, basado en la profundización de los conceptos de autoridad y obediencia.

Este eros de carácter pedagógico y andragógico ha sido objeto de numerosas interpretaciones a lo largo de la historia de la humanidad, generándose así, en palabras de MARÍA ZAMBRANO, cerrazón y desesperación en lo que respecta a Europa, la cual ha venido pagando su «servidumbre a los hechos atomizados, a lo dado e inmediato»².

Desde Grecia, la civilización occidental se embarcó hacia un idealismo que alcanzó su extremo, precisamente, en la filosofía romántica alemana del siglo XIX, siendo más tarde el naturalismo lo que desviase, una vez más, la atención hacia la realidad, hasta encontrarse con un «enigma más pavoroso que el de la naturaleza: el monstruo de lo social», a lo que contribuyó poderosamente el liberalismo progresista, al «descuidar la definición y claridad de su esencia»³. En medio de esta vorágine claman voces por doquier: libertadores, revolucionarios, aventureros, educadores y filósofos componen una estridente polifonía en busca de un espacio interior para albergar su soledad, que no es otra que la de sus mismos conciudadanos. Y todo, por querer *transformar la verdad*, al no poder actuar sobre la vida. Y así, *el amor, intermediario* entre aquella y esta, *huye al mundo, produciéndose el divorcio entre ambas*, que es tanto como decir *la angustia, la desesperación, la pasividad del corazón y los paraísos artificiales*, explicaba María ZAMBRANO desde su acendrado platonismo.

El método preventivo de Don Bosco

A la gran pléyade de educadores surgida en esta época pertenece la figura de un sacerdote piamontés nacido en los alrededores de Turín: GIOVANNI BOSCO (1815-1888), fundador de la Orden Salesiana⁴.

² ZAMBRANO, MARÍA.: *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1988, pp. 11, 12 y 13.

³ ZAMBRANO, MARÍA.: *Ibidem*, p. 13-14.

⁴ Giovanni Bosco nace el 15 de junio de 1815 en I Becchi, uno de los múltiples arrabales de los alrededores de Turín. Nacido en el seno de una humilde familia de campesinos, logra, gracias a la energía de la madre, viuda cuando él contaba dos años, asistir, entre múltiples dificultades, a la escuela de las localidades vecinas, hasta su ingreso en el seminario diocesano de Chieri (1835). Después de seis años de estudios filosóficos y teológicos, es ordenado sacerdote el 5 de junio de 1841. Ingresa en el Convictorio Eclesiástico, en Turín, para completar su formación sacerdotal. Durante este tiempo tendrá ocasión de descubrir y vivir la miseria de los suburbios, el mercado de brazos juveniles, las cárceles atestadas de jóvenes... Un día, al salir de una de ellas, toma la decisión de procurar impedir a toda costa que muchachos tan jóvenes terminaran así. A tal objeto, decide emprender un acción preventiva: salir al encuentro de los jóvenes marginados, instruirlos y catequizarlos. Para llevar a cabo tamaña misión, se fue rodeando de entusiastas colaboradores. Tras una larga espera de cuatro años desde

El objetivo primordial de la acción filantrópica de DON BOSCO, lo llamaremos así de ahora en adelante, que es como se le conoce en la tradición salesiana es la educación y salvación de cuantos jóvenes acoge o han puesto bajo su custodia las instituciones. Esta salvación ha de entenderse en dos sentidos. Uno, más estricto, referido a la salvaguarda del alma; el otro, en sentido lato, a la supervivencia, al de procurarles pan y trabajo.

El pauperismo reinante había suscitado un gran movimiento filantrópico en toda Europa. En la península Itálica también comienza a revestir gravedad la denominada *cuestión social*. Camilo de Cavour, R. Lambruschini, F. Aporti,... con sus conferencias, escritos e instituciones propugnaban una caridad legal conjugada con la beneficencia hacia los individuos.

Don Bosco compartía estas inquietudes, pero su diagnóstico y praxis sociales fueron más allá: enseñar un oficio a los jóvenes abandonados, como medida de prevención social. Aquí se asentaba un modelo, que por eso el denominó *método preventivo*. Un método que se apoya en la razón, en la religión y en el amor (*amorevolezza*)⁵.

En la **razón**, para, en palabras del salesiano L. CIAN, *llevar a los jóvenes a obrar por convicción personal y profunda*, reconociendo que en todo joven, por muy condicionado que esté por elementos negativos, hay una entrada accesible al bien. Con la **religión**, para civilizar evangelizando y evangelizar civilizando; en el **amor**, para engendrar confianza y familiaridad:

«El alumno preventivamente avisado no queda envilecido por las faltas cometidas como acaece cuando se las refieren al Superior. No se enfada por la corrección que le hacen ni por el castigo con que le amenazan, o tal vez le imponen, porque este va siempre acompañado de un aviso amistoso y preventivo, que lo hace razonable, y termina, ordinariamente, por ganarle el corazón, que comprende la necesidad del castigo y casi lo desea»⁶.

Y es que para Don Bosco «la pedagogía es cosa del corazón»⁷. Por ello no se decidió a escribir tratado alguno al respecto, a pesar de su ingente labor editora.

que el primer salesiano hiciera sus votos el Papa Pío IX aprueba las Reglas o Constituciones de la Orden de San Francisco de Sales, de donde el derivado «salesiano». Pone su orden bajo la advocación de este santo ginebrino por la admiración que le produce la mansedumbre y el amor con que este obispo trataba a sus semejantes, incluso a los enemigos de la iglesia católica, por la que con tanto celo predicó contra las herejías reformistas. Mucho tuvo que sufrir Don Bosco para, con escasísimas ayudas, iniciar su acción humanitaria y poderla continuar en medio de tantas penurias, peligros y avatares históricos (Recuérdese que está pendiente la unificación de la península Itálica y la denominada «cuestión social» impone su cruda realidad).

La gran aportación de la orden salesiana a la historia de la educación ha sido el ser pionera de la educación técnica, respondiendo así a las necesidades de los tiempos.

⁵ El término italiano «*amorevolezza*» no tiene traducción al castellano, pues no significa ni amor ni amabilidad. No obstante, los traductores han optado por traducirlo como «amor», entendido como «actitud benévola y afectuosa», que es la definición que el diccionario italiano da al vocablo.

⁶ LEMOYNE, J. B.; AMADEI, A.; CERIA, E.: *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco* (19 volúmenes), Torino, San Benigno Canavese y Società Editrice Internazionale, vol. IV, p. 547. Traducción al castellano, Fernández, J.; Bustillo, B.: *Memorias Biográficas de San Juan Bosco*, Madrid, Central Catequística Salesiana (1981-1989), p. 420.

⁷ *Ibidem*, vol. XVI, pp. 447; 373.

Su ayuda pedagógico-social

En ese siglo, del que L. MUMFORD dice, a propósito del maquinismo incipiente, tiene lugar, entre otros muchos efectos, una *nueva barbarie* caracterizada por la *regularización y contracción del tiempo, la standarización, la debilitación de los medios del pensamiento reflexivo...*⁸ se produce la reacción romántica en consonancia con un neohumanismo que defiende la formación integral de la persona.

La escasa atención de los Estados hacia la educación primaria, anima las iniciativas privadas de carácter humanitario en el sector de la educación popular (Pestalozzi, Fröbel, A. Necker de Saussure...). En la península Itálica, después de una etapa de tradicionalismo ilustrado (V. Cuoco, M. Gioia, D. Romagnosi...), se despliega un gran movimiento pedagógico por parte del catolicismo liberal con F. Aporti (organizador de los primeros asilos infantiles), R. Lambruschini y G. Capponi, cuyos tratados pedagógicos no sólo hacen novedosas aportaciones a su época, sino que también encierran severas críticas⁹.

Después de un período de positivismo y consolidada la unidad italiana, se promulga la ley Casati (1859), que acentúa el dualismo entre enseñanzas clásicas e instrucción técnica. En estas coordenadas se desarrollará la ayuda pedagógico-social de Don Bosco, quien, en un alarde de realismo, atisbando como pocos las necesidades de los tiempos, pergeña unas directrices de corte tradicional combinadas con una formación técnica¹⁰. En esta simbiosis radicó, según M. ALIGHIERO MANACORDA, el éxito de los centros educativos salesianos¹¹.

El espíritu de familia fue otra constante en el discurso pedagógico de Don Bosco. Para que haya amor —argumentaba— debe haber confianza entre educadores y jóvenes, estar con ellos, colocarse a su nivel, ganarles el corazón y ser amado por ellos.

En la introducción a las obras que narran la vida de los tres jóvenes antiguos alumnos, muertos en olor de santidad, —D. Savio, M. Magone y F. Besucco—, escritas para que sirvieran de ejemplo a los estudiantes y aprendices, se lee: «Que podamos formar un solo corazón y una sola alma»¹².

La identificación con la figura paterna que alienta Don Bosco en sus charlas a los jóvenes, la traslada a los Superiores (en las casas salesianas: sacerdotes, maestros y asistentes), a los que consideraba, y así lo enseña, representantes de Dios:

⁸ MUMFORD, L.: *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza Editorial, 4.ª Ed., 1982, pp.

⁹ ABBAGNANO, N., VISALBERGHI, A.; Op. cit., pp. 529 a 531.

¹⁰ La acción pedagógico-social de Don Bosco empezó con unas reuniones dominicales para catequizar, celebrar juegos y merendar. Esta experiencia se conoce en la tradición salesiana como «Oratorio». Más adelante, para prevenir contra la acción de la calle, se hace con una casa y acoge en ella por la noche a los jóvenes más desamparados, después de la salida de los trabajos. Poco a poco les va enseñando los rudimentos de algunos de los oficios en boga (zapateros, carpinteros, sastres, tipógrafos, etc). Ello constituyó el germen de lo que posteriormente serían las escuelas de artes y oficios, que con el tiempo se convertirían en las Escuelas Profesionales Salesianas, en las cuales se ponían en práctica los más modernos métodos y técnicas de enseñanzas, saliendo de ellas una muy cualificada mano de obra que nutría las incipientes industrias, no solo de Italia sino de todos los países en los que se fueron implantando misiones salesianas.

¹¹ MANACORDA, A. M.: *Historia de la Educación*, vol. 2, Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 463.

¹² LEMOYNE, J. B. et alt. Op. cit. vol. XII, pp. 511; 607.

*La obediencia al Superior está mandada por Dios en las Santas Escrituras y por tanto no puede haber engaño (...) De cumplimiento pronto, alegre, puntual, de voluntad, no queriendo más que lo que quiere el Superior; de juicio, haciendo propio el mismo sentir del Superior*¹³.

Esta sacralización de la persona del educador la hace extensiva a los reglamentos, garantía del buen orden y fuente de santidad y sabiduría:

*¡Ah! Si todos vosotros tuviérais grabada en la mente esta gran verdad (la salvación del alma por parte de cada uno), si no trabajárais mas que para salvar vuestra alma, entonces no se necesitarían reglamentos ni avisos ni ejercicios de la buena muerte, porque tendríais todo lo necesario para vuestra felicidad*¹⁴.

Es propio del discurso de Don Bosco utilizar como argumentos persuasivos, la narración de hechos bíblicos, sus propios sueños, ejemplos dados por santos, imágenes...

*Poco a poco se empieza por no cumplir el reglamento, después se busca huir de los Superiores y luego vienen ciertas cartitas, ciertos pensamientos, ciertas familiaridades, ciertas amistades particulares, ciertas sensiblerías. Se cae, se va cayendo, no bastan las alas, y... la zorra [el demonio], que está abajo, corre y termina por engullirse la gallina [el alumno atrevido que no quiere saber nada de reglamentos] en sus fauces*¹⁵.

En el **Reglamento para las Casas**, aprobado en 1877, en la parte que se dedica a los Superiores y alumnos, abundan los términos de contenido afectivo. Muy encarecidamente se aconseja a los Superiores:

*Procure cada uno hacerse amar si quiere hacerse temer. Conseguirá este gran fin si muestra con las palabras, y más aún con los hechos, que todos sus desvelos van exclusivamente encaminados al bien espiritual y temporal de sus alumnos*¹⁶.

En el capítulo dedicado a los alumnos se les pide:

*Amaos todos recíprocamente, como dice el Señor, y guardaos del escándalo. El que con palabras, conversaciones y acciones da escándalo, no es amigo, sino asesino del alma*¹⁷.

En dichos reglamentos es comprobable la minuciosidad, el detallismo. Empiezan exponiendo el propósito de la obra, para luego ocuparse de las funciones de todos los cargos, tanto directivos (Director, Prefecto, Catequista y Consejero) como auxiliares (Asistentes, Maestros de Taller, Archivistas, Pacificadores, Protectores,

¹³ Ibidem, vol VII, pp. 587-588; 694-695.

¹⁴ Ibid., vol. VIII, pp. 109; 115.

¹⁵ Ibid., vol. VIII, pp. 108; 114.

¹⁶ Ibid., pp. 108, 114.

¹⁷ RICALDONE, P.: *Don Bosco educador* (II), Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1954, Anexo, Cap. IX, 2.

Decuriones...). A continuación se detienen en aspectos disciplinarios, empezando por las condiciones de admisión. Tratan después los comportamientos en la recreación, en la iglesia, fuera del Oratorio (colegio)... En suma, como dice M. FOUCAULT, *toda una anatomía del detalle*, generadora del humanismo moderno, que es tanto como decir humanismo cristiano.

La obediencia es considerada por Don Bosco la condición *sine qua non* para lograr esa familiaridad tan esencial en el progreso de la Orden y el éxito de sus instituciones. La obediencia es, según él, la clave para adquirir todas las virtudes y para dar buen ejemplo. En este sentido sigue la máxima de Francisco de Sales «haciendo la voluntad de los demás debemos pensar que hacemos la de Dios, manifestada en la del prójimo»¹⁸. Así se expresaba:

«La obediencia une, multiplica las fuerzas y, con la gracia de Dios, obra milagros»¹⁹.

«La obediencia no sea personal, sino religiosa. No se obedezca en atención a la persona que manda, o porque se nos manda con buenos modos, sino obedézcase por la seguridad de que se hace la voluntad de Dios cumpliendo el mandato»²⁰.

Con los alumnos empleaba una argumentación en la que destaca la función conativa. El énfasis en el enunciado, el uso de expresiones como *obediencia sin límite, obedeced y callad*, palabras como *desenmascarar, subordinación, denunciar, orden...*, producían una gran tensión en el auditorio:

*Deseo sugeriros dos medios para reponer el orden en la casa, dos medios que, tal vez, los que más lo necesitan, no querrán entenderlos. Primero, la obediencia, la subordinación que, en estos días, y debido a los desórdenes acaecidos, se olvidó; hubo insubordinaciones en todas partes. Por lo tanto, en los talleres, obediencia a los jefes; en el comedor, a los asistentes; en el estudio y en las clases, a los profesores; obediencia sin límites*²¹.

Insistiendo en sus argumentos, propone la imagen de la colmena, a la que recurría en múltiples ocasiones, y especialmente cuando detectaba cierta relajación en el cumplimiento de los deberes:

*La miel representa lo bueno que vosotros hacéis con la piedad, el estudio, la alegría, porque estas tres cosas os darán muchas satisfacciones, que serán tan dulces como la miel. Pero debéis imitar a las abejas. Primero obedeced a la reina, esto es, el reglamento y a los Superiores*²².

Su método preventivo, que, como dejo dicho, descansa, según él, en la razón, la religión y el amor, incluye, también, la vigilancia de los espacios y de los tiempos, en consonancia con el panoptismo de la época, lo cual, junto con la actividad disciplinadora impregnó todas las instituciones, incluida la escuela, considerada ins-

¹⁸ BALMES, J.: *Máximas de San Francisco de Sales*, Barcelona, Ed. Balmes, 1951, 2.ª edic., p. 41.19.

¹⁹ LEMOYNE, J. B. et al.: Op. cit., vol. V, pp. 21; 10.

²⁰ Ibidem, vol. X, pp. 1021; 1112.

²¹ Ibid., vol. VIII, pp. 48-49; 41.

²² Ibid., vol. VII, pp. 511; 602.

trumento de domesticación por todas las formas de poder, y en la cual eran consumados especialistas las órdenes religiosas, siguiendo el modelo suavidad-producción-provecho²³.

Por eso la vigilancia sutil, que Don Bosco se afana en identificar con «asistencia»-en el paseo, en los recreos, en la clase, en los dormitorios...-es otra de los ejes de su discurso:

*Asistencia en los paseos. Si es posible, vayan en fila de a cuatro en fondo, y de este modo uno impondrá respeto al otro (...). No se les deje separarse de las filas, si no es alguna vez, solos, por alguna necesidad. Cuántos pecados se cometerían, cuántas conversaciones escandalosas, y hasta coloquios con chicas (...)*²⁴.

El celo que se pide para ser desplegado en el transcurso de las salidas al exterior del recinto del colegio, es continuación del escopismo que se exige para el régimen interno:

*Asistencia en la clase. Hágaseles tener siempre las manos sobre la mesa. No se les deje nunca solos*²⁵.

Es un nuevo indicador de la participación, por parte de las instituciones salesianas, en lo que M. FOUCAULT denomina «invención de una nueva mecánica de poder, basada, no en el principio de soberanía, sino sobre códigos disciplinarios (reglamentos, saberes, construcciones...), cuya ley es la normalización y cuyo horizonte es el campo de las ciencias humanas, y su jurisprudencia será la de un saber clínico»²⁶.

Otros «agentes coordinadores», en expresión del mismo Foucault, fueron las instituciones filantrópicas que surgieron y se multiplicaron (orfanatos, escuelas dominicales, escuelas nocturnas, oratorios...), forjando un tipo de hombre caracterizado por la sumisión y la resignación. Todo ello se traduce en una mano de obra trabajadora, disciplinada y resignada con su suerte, con el beneplácito de la burguesía capitalista. De esta forma, aquella política que nadie diseñara ni planificara empapó todas las células sociales.

Estas coordenadas, sustitutorias del modelo exacción-violencia, vigente hasta el momento, corren paralelas, como los raíles de un tren —según C. LERENA—, a las actitudes liberadoras y el pretendido primado del amor²⁷.

En una de las Conferencias Anuales que se celebraban con motivo de la festividad de San Francisco de Sales, patrón de la orden salesiana, se adoptaron, entre otros, los siguientes acuerdos:

*Hacer sacrificios cuando sea preciso, para asistir y vigilar (...). Guardar nota del lugar que cada alumno ocupa en el dormitorio, en la clase, en el comedor, en el estudio (...). Hacer una inspección por la noche en el dormitorio (...)*²⁸.

²³ FOUCAULT, M.: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979, 2.ª ed., pp. 148 a 152.

²⁴ y ²⁵ LEMOYNE, J. B. et al.: Op. cit., vol. X, pp. 939 a 945; 1019 a 1023.

²⁶ FOUCAULT, M.: Op. cit., pp. 148 a 152.

²⁷ LERENA, C.: *Reprimir y liberar*, Madrid, Akal, 1983 (Introducción).

²⁸ LEMOYNE, J. B. et al.: Op. cit., vol. XIII, pp. 80-81; 84-85.

Todo en aras de evitar el ocio, pues, como escribía en el devocionario *II Giovanne Provedutto*, traducido al castellano con el título *El Joven Cristiano*, en el capítulo dedicado a «lo que deben evitar los cristianos»:

*El ocio es, según el Espíritu Santo, el padre de los vicios, y el trabajo los combate y los vence todos. El mayor tormento de los condenados en el infierno es el pensar que han perdido el cielo por haber pasado en la ociosidad la mayor parte del tiempo que Dios les había dado para salvarse*²⁹.

Estas palabras sintonizan con las empleadas por Francisco de Sales, para quien «la tentación nunca nos halla tan flacos como al estar ociosos»³⁰. Se trata de someter el cuerpo, «cárcel del alma» —repite Don Bosco continuamente— haciéndose eco también de lo expuesto por J. BENTHAM en su *Panóptico*:

*La ocupación en vez de ser un castigo para el preso debe concedérsele como su consuelo y un placer, y con efecto es dulce en sí misma comparada con la ociosidad forzada, y su producto la dará un doble sabor*³¹.

Lo que antecede se encuadra en lo que M. FOUCAULT denomina «tecnología política del cuerpo», que no es sino una «caricatura, un modelo a escala reducida, de la sociedad que lo produce»³².

El celo mostrado por Don Bosco en la prevención de cuanto pudiera ofrecer ocasión de pecar lo animó a promover asociaciones de todo tipo, tanto entre los jóvenes estudiantes y artesanos, como entre los trabajadores del exterior. Entre los primeros, las denominadas «compañías», que son, junto con los decuriones, protectores, etc, imagen del modelo jesuítico; entre los segundos, propiciando la formación y consolación de sociedades de *Socorro Mutuo*, a fin de frenar la apostasía que estaba extendiéndose entre el proletariado.

Y así es como «la enjambrazón de mecanismos disciplinarios» —en palabras de Foucault— iniciada desde la Contrarreforma con objetivos exclusivamente religiosos, comienza a extenderse hasta el ámbito económico.

Primado del amor

A pesar de todo, Don Bosco se esfuerza por hacer prevalecer el primado del amor, «esa fina flor de resentimiento» —como F. Nietzsche llama al amor cristiano— defendiéndolo a ultranza de la sensualización que lo asedia.

La denominada por la tradición salesiana *Carta de Roma* es un texto que, según el salesiano P. BRAIDO, constituye el *documento más puro y esencial de la pedagogía de Don Bosco, uno de los más significativos de la pedagogía cristiana*. Así comienza esta carta:

²⁹ BOSCO, J.: *El Joven Cristiano*, Barcelona, Librería Salesiana, 14.A ed., 1954, pp. 36-37.

³⁰ BALMES, J.: Op. cit., p. 46.

³¹ BENTHAM, J.: *El panóptico*, Madrid, La Piqueta, 1979, p. 61.

³² FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 10.A ed., 1984, p. 33.

*Cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo, que seáis felices en el tiempo y en la eternidad (...). Son palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre*³³.

El antiguo alumno que se le aparece en un sueño a Don Bosco y que es el motivo para escribir la mencionada carta, le aconseja:

*Que los jóvenes no sean totalmente amados, sino que se den cuenta de que se les ama*³⁴.

La permanente actitud afable, a la que constantemente invita al resto de los Superiores, hace que Don Bosco se exprese con metáforas tan apasionadas como *escuela de amor, un solo corazón*, y otras por el estilo. Véase, a modo de ejemplo lo que, en cierta ocasión, transmitía a sus religiosos:

*Y nosotros, haciéndonos cada vez mejores en esta escuela de amor, formaremos un solo corazón unido al de Jesucristo, hasta los últimos instantes de nuestra vida*³⁵.

Son palabras que recuerdan lo que M. HORKHEIMER y T. PARSONS denominaban, en relación con el agapeísmo que nos ocupa, *superestructura emocional y metafísica*. Siguiendo la tradición cristiana, Don Bosco antepone al sentido de pertenencia y de unión con el grupo familiar el sentimiento en la paternidad amante de Dios; entre otras cosas, porque la creciente secularización y las pésimas condiciones en las que vivían la mayoría de las familias de los acogidos en sus instituciones se lo sugerían.

A propósito de la familia, Don Bosco, compartiendo el pensamiento de la mayoría de los santos, manifiesta un sentimiento ambivalente al respecto. Por un lado, encuentra en esta institución, un serio obstáculo para su pedagogía teológica, y por otro, coincide con J. LACAN en lo que éste denominaba *función de ley que es el cuerpo de Dios*, aplicable a la figura paterna. Esta misión de justiciero se evidencia en las siguientes palabras, dirigidas a toda la comunidad en unas buenas noches, a raíz de ciertos escándalos habidos en el colegio:

*Cuando un padre tiene un hijo insubordinado, con frecuencia se enfada y toma, si es preciso, la correa, que en determinadas ocasiones es necesario emplearla y hace bien, porque (...) quien ahorra la vara odia a su hijo (...)*³⁶.

En otras ocasiones se identifica con el rol de padre natural modélico, especialmente cuando pretende demostrar a sus chicos la honda preocupación que siente por ellos en todos los sentidos, en especial cuando llegan las vísperas de vacaciones:

Un padre, cuando debe ausentarse de sus hijos o mandarlos a un lugar lejano, aunque sepa que son buenos y obedientes, teme siempre que pueda ocurrirles alguna desgracia (...). ¿Hasta cuándo está temeroso? Hasta que vuelva a estar con ellos ba-

³³ y ³⁴ LEMOYNE, J. B. et alt.: Op. cit., vol. XVII, pp. 101 y 102.

³⁵ Ibidem, vol. XII, pp. 511; 607.

³⁶ Ibid., vol. VII, pp. 503; 430.

*jo el techo paterno. Creedlo: este padre, aunque indigno, pero todo corazón, soy yo. No os extrañéis, por tanto, que tenga cierta inquietud cuando os marcháis de vacaciones o cuando tengo que ausentarme de casa*³⁷.

El 24 de octubre de 1878, dirigiéndose a un grupo de alumnos que volvía de vacaciones de verano, les contaba el siguiente sueño, recurso muy frecuente en el discurso cotidiano de este celoso esteta:

—¡Mira!— me dijo mi amigo [acompañante en el sueño] ¿Ves aquel estandarte? Me volví y vi tremolar al viento un gran estandarte en el que se leía escrito en grandes caracteres: «vacaciones».

—Si, lo veo— repliqué.

—Abí tienes el efecto de las vacaciones— añadió uno de los que me acompañaban, mientras yo me sentía abrumado de dolor al contemplar aquel espectáculo.

—Tus jóvenes— continuó tal—, salen del Oratorio para ir a pasar las vacaciones, decididos a alimentarse de la palabra de Dios y a conservarse buenos; pero después sobreviene el temporal, que son las tentaciones; seguidamente la lluvia, que son los asaltos del demonio; después cae el granizo, que representa la caída en el pecado (...).

*No olvides y no te canses jamás de repetirlo a tus jóvenes: que las vacaciones son como una gran tempestad para sus almas*³⁸.

Estas palabras constituyen uno de los múltiples argumentos que Don Bosco empleaba para que fuera asumido el reto personal de la renuncia al mundo, si es que, según él, se busca la verdadera sabiduría, que es tanto como decir la unión con Dios. La sublimación superestructural de la realidad es una propuesta permanente, y se basa en el evangelio, entre otros de Mateo, quien aducía: «He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, porque sus propios familiares serán los enemigos de cada cual» (Mat, X, 35).

A un grupo de aspirantes en los primeros tiempos de la orden, les hacía estas consideraciones:

Cuanto más se desentiende y se despega uno de las relaciones con los padres y con los demás del mundo, más virtud y perfección adquiere. San Antonio ermitaño echó al fuego un paquete de cartas de su familia, sin leerlas (...).

*Romped, por tanto, toda relación que pueda tenerse con el mundo. Nosotros hemos de decir: Mundo, para ti no soy y para mí no eres tú*³⁹.

De cualquier forma, el hecho de haber sido acogidos en sus instituciones ya debía ser motivo para dar gracias Dios por ello, pues sus almas quedaban salvaguardadas de la iniquidad mundana. Lo argumentaba así:

³⁷ Ibid., vol. XIII, pp. 434; 374.

³⁸ Ibid., vol. XIII, pp. 648-649; 763-764.

³⁹ Ibid., vol. IX, pp. 629; 705.

*Dad gracias a Dios, dad gracias al Espíritu Santo, que os ha sacado de en medio del mundo y os ha colocado aquí donde reina el espíritu de piedad, religiosidad, de caridad, de dulzura y de santidad*⁴⁰.

De esta forma quedan también protegidos los principios de la educación católica respecto a la familia. Entre otros: intervención en el proceso de socialización, la formación de actitudes básicas de la personalidad, la estructuración del carácter moral y la elaboración de la personalidad religiosa.

De cuanto llevamos dicho se deduce que la educación religiosa salesiana no fue ajena a la psicologización familiar que, en su día, hizo decir a F. ENGELS que «la religión no es otra cosa que el reflejo fantástico que proyectan en la cabeza de los hombres aquellas fuerzas exteriores que gobiernan su vida diaria, un reflejo en que las fuerzas terrenales revisten la forma de poderes sobrenaturales»⁴¹.

El grado de psicologización familiar se intensifica al analizar el tema del amor. Las referencias de Don Bosco a sus *casas*, la *paternidad* de los Superiores..., son constantes. Ello en base al amor, que según L. CIAN, ha de interpretarse como afecto profundo, puro e incondicionado, que contribuye al crecimiento equilibrado de la persona y, a la postre, a realizarse a sí mismo en la generosidad, como en su día afirmasen también A. MASLOW y C. ROGERS.

Esta familiaridad, como se ha podido apreciar, la subordina Don Bosco a la religiosidad, tanto del educando como de toda la comunidad. Por ello, cuando en las biografías de los muchachos que pone como modelos de santidad (Savio, Magone, Besucco), se ocupa de los primeros años de sus vidas, de la vida cotidiana en el colegio y sus últimos días en la Tierra, destaca las vivencias religiosas, y las hace fuente de sabiduría, alegría, felicidad y santidad.

Así se expresaba en el capítulo V del libro dedicado a *Santo Domingo Savio* cuando describe su conducta en la escuela de su pueblo natal, según testimonio del maestro:

*Frecuentando Domingo esta escuela, comenzó a aprender la conducta que debía observar respecto de sus compañeros. Si veía a uno atento, dócil, respetuoso, que sabía siempre sus lecciones, cumplía bien sus deberes y merecía las alabanzas del maestro, éste era bien pronto amigo suyo. ¿Había, por el contrario, un niño díscolo, insolente, que descuidaba sus deberes, malhablado o que blasfemaba? Domingo huía de él como de la peste. A los que eran algo indolentes, los saludaba, hacía les algún favor siempre que se ofrecía el caso, pero no tenía con ellos ninguna familiaridad. Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti puede servir de modelo a todo estudiante que desee adelantar en las ciencias y en la virtud*⁴².

Más adelante, al narrar la llegada al Oratorio y describir el estilo de vida que se propuso adoptar, escribe:

Para conocer bien el reglamento del colegio, procuraba con buena maña acercarse a alguno de sus Superiores; le interrogaba y le pedía luz y consejo, suplicándole que

⁴⁰ Ibid., vol. VIII, pp. 707; 832.

⁴¹ MARX, K.; ENGELS, F.: *Sobre la religión*, Salamanca, Sígueme, 1974, p. 275.

⁴² BOSCO, J.: *Obras fundamentales*, Madrid, B. A. C., 1978, p. 140.

tuviese la bondad de avisarle siempre que le viese faltar a sus deberes. Ni era menos de alabar el modo de conducirse con sus compañeros. ¿Veía a alguno travieso, negligente en el cumplimiento de sus deberes o descuidado en la piedad? Domingo huía de él. ¿Veía a otro ejemplar, estudioso y diligente, alabado por el Maestro? Este era en breve el amigo de Domingo⁴³.

Con estos modelos de vida, Don Bosco trataba de, según L. CIAN, «favorecer el desarrollo, en cada uno de los jóvenes, de una vida profunda», caracterizada por la «adquisición de una capacidad de conocimiento de las riquezas interiores, vivir lo mejor de las mismas tratando de captar la presencia de Dios en sí y en los demás como una exigencia interior atrayente y fascinante que permite vislumbrar un horizonte sin límites, una plenitud de vida a la que aspiran todas las fibras de su ser en expansión», en un clima de diálogo y ayuda directiva, sobreponiéndose en todo momento a los impulsos de la irracionalidad⁴⁴, cuya expresión en aquellos tiempos de *confusión y soberbia* —aduce M.^a ZAMBRANO— era «la destrucción de la forma, la forma humana y la del mundo que el hombre había revelado por la «teoría»; la humanización del mundo⁴⁵.

En efecto, en la escena europea del siglo XIX, la lucha por el predominio filosófico adquirió su mayor virulencia. Los embates del materialismo, evolucionismo, vitalismo, empirismo, positivismo y pragmatismo para reformar la vida y la verdad, encuentran grandes escollos en el cristianismo, el abanderado de ellas hasta entonces.

Desconfianza y desesperación era la tónica general. Y todo, como decía F. Nietzsche, porque *¡Es tan duro aceptar la verdad sin más!* Se necesitaba un tiempo de preparación para que —cito una vez más a M.^a ZAMBRANO— «la vida no se sintiera humillada al tener que aceptar una verdad sin alma y sin espíritu»⁴⁶, después de tantos siglos de pensar en y con ellos.

El primado del amor sobre la voluntad y el conocimiento, defendido por San Agustín y Duns Scotto, seguía siendo considerado como fundamento del saber apriórico y de los valores, al objeto de despertar en el hombre lo que lleva en sí de más valioso, para contribuir a superar el nivel en que los extremos del naturalismo y el idealismo se movían a integrarlos en un pensamiento jerárquico, como explicara Max Sheler.

Más allá de los obstáculos, el amor seguía abriéndose paso como fuerza descubridora de valores hacia el reino de solidaridad en el amor. En esta tesitura se halla Don Bosco, intentando que sus muchachos no fueran rebaño ni masa, sino comunidad, recordándoles siempre que son una *participación de Dios*, que tomen *conciencia de su espiritualidad* y que dicha espiritualidad está *por encima del espacio y el tiempo*.

El amor por el ser del otro —decía A. MASLOW— crea la persona y es un rasgo fundamental de la estructura dinámica del hombre. El yo es porque amo de San

⁴³ Ibidem, p. 147.

⁴⁴ CIAN, L.: *El sistema educativo de Don Bosco y la líneas maestras de su estilo*, Madrid, C. C. S., 1987, p. 77.

⁴⁵ ZAMBRANO, M.A.: *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1988, p. 76.

⁴⁶ ZAMBRANO, M.A.: *La confesión: género literario*, Madrid, Mondadori, 1988, p. 9.

Bernardo (S. XII), retomado un siglo después por San Francisco de Asís, es revitalizado y reinterpretado, seis siglos después, a manera de confesión por san Juan Bosco, dejando, como quería san Agustín, el corazón al descubierto, vacío todo él para que sea llamado por la entera realidad. En la ya mencionada carta de Roma escribía Don Bosco:

*Me habéis arrebatado todo (...). Han tomado posesión de todo este corazón, al que nada le ha quedado, sino un vivo deseo de amaros en el Señor, de haceros el bien y salvar el alma de todos*⁴⁷.

Esta permanente disposición amorosa corre el riesgo de caer en las redes de la sensualidad. Por eso Don Bosco recomienda encarecidamente a los Superiores que eviten, sobre todo, poner las manos sobre los alumnos, enfrentándose a lo que un siglo después dijera J. KRISTEVA cuando afirmaba que «el amor cristiano se nutre de todas las fuentes de la debilidad humana»⁴⁸:

*Es menester recurrir a los medios para prevenir caídas: no poner absolutamente las manos en los chicos ni para pegar ni para acariciar; no ir de bracete, no echar el brazo al cuello; abstenerse de los besos, de cogerles de la mano, de ponerles la mano en la cara, de mimos, ...en una palabra, no permitirse absolutamente acciones o palabras que puedan suscitar en ellos una mala fantasía o un afecto sensual*⁴⁹.

Este amor ha de ser entendido como generosidad, para lograr la misma comunidad de amor por la que E. MOUNIER aboga cuando habla de hacer la revolución, no sobre la base de la agresividad, sino de la generosidad, ya que «la fuerza se expande en ternura»⁵⁰.

Convenimos con MIGUEL DE UNAMUNO en reconocer, revelándose contra el positivismo europeo y haciéndose eco de la protesta de S. KIERKEGAARD, el eros pedagógico que Don Bosco manifiesta en toda su acción, ya que, a pesar de lo que diga A. S. MAKARENKO —en el sentido de que «... los muchachos no justifican el axioma intelectualista de que los niños pueden querer y apreciar sólo a quien los ama, a quien los trata con ternura...»⁵¹; los «milagros» de Pestalozzi, Fröebel, Spranger, Kriekemans y el mismo Don Bosco se explican mejor por el inmenso cariño que sentían hacia sus chicos que por sus sistemas educativos.

Amor para todo propone Don Bosco, incluso para los momentos de corrección, castigo o de mortificación:

*Para que la conversión dé buen resultado, no se debe nunca reprender en presencia de nadie (...) Trata de hacerte amar y así conseguirás que te obedezcan con facilidad. No seas nunca demasiado severo en lo que conduce a conservar la moralidad (...)*⁵².

⁴⁷ LEMOYNE, J. B. et alt.: Op. cit., vol. XVIII, pp. 107; 100.

⁴⁸ KRISTEVA, J.: *Historias de amor*, Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 52.

⁴⁹ LEMOYNE, J. B.: et alt.: Op. cit., vol. IX, pp. 631; 707.

⁵⁰ DÍAZ, C.: *Mounier y la identidad cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1978, p. 109. Cita a MOUNIER, E.: «Revolución personalista y comunitaria», *Esprit*, enero, 1933.

⁵¹ MAKARENKO, A. S.: *Poema pedagógico*, Barcelona, Planeta, 5.A ed., 1983, p. 166.

⁵² LEMOYNE, J. B. et alt.: Op. cit., vol. II, pp. 126; 154.

Eran consejos dirigidos a uno de sus primeros colaboradores en el momento de aleccionarle para dirigir una de las primeras casas salesianas. No se cansaba de hacer recomendaciones de esta índole a los miembros de la comunidad que ocupaban algún cargo, por modesto que fuera:

*Cuando estéis enfadados o excitados, absteneos de reprender o corregir, para que no piensen los muchachos que obráis por pasión*⁵³.

En cierta ocasión, con motivo de los votos de un grupo de salesianos, se dirigía a ellos en estos términos:

*Por lo general, la corrección hecha en el momento de cometer la falta es algo peligroso. El individuo se siente excitado por aquel pensamiento, no acepta de buen grado la corrección y hasta le parece que se la hacemos con algo de pasión. Por el contrario, cuando se hace con calma y con el sentido amoroso que se emplea en los coloquios, los culpables ven claramente el mal que han cometido; se dan cuenta de que el Superior cumple con su deber poniendo antes sus ojos los fallos tenidos para que se enmienden y aprovechen la corrección*⁵⁴.

El amor por los demás nos debe llevar también, según Don Bosco, a la mortificación, a soportar las molestias de los demás, al sometimiento sin límites a la autoridad, a la pronta y alegre obediencia. Con este bagaje, sustentado sobre el primado de la voluntad y el primado del amor, el educando está —afirma Don Bosco— en disposición de acceder a la verdadera sabiduría, que es, en palabras de Max Sheler, *saber de salvación*, ya que es el saber que permite el acceso a la verdad, y, en suma, a la felicidad eterna.

⁵³ *ibidem*, vol. VI, pp. 298; 391.

⁵⁴ *Ibid.*, vol. XI, pp. 296; 346.